

Novela

Código Morse

Xavier Alcalá

Traducción de Pablo González Valdemar. 1997. 320 páginas. 2.000 pesetas

XAVIER Alcalá es uno de los prosistas más fecundos de la literatura gallega actual. Nació en Miguelturra (Ciudad Real, 1947), pasó su niñez en Ferrol e hizo suya la lengua gallega de la tierra que lo acogió desde sus primeros años. Cuando ahora el escritor se encuentra en la madurez, se cumplen veinticinco años de la aparición de su primer libro de narraciones, «Vollar» (1972). Lo cual parece haberse celebrado con la traducción de su última novela al castellano, «Código morse», publicada en gallego por Xerais en 1996. Entre aquellos relatos y esta novela Alcalá ha escrito varios libros de viajes, volúmenes de cuentos y siete novelas. Con ellas ha ido construyendo un mundo literario propio que tiene sus manifestaciones más relevantes en estas aportaciones: el autobiografismo individual y generacional de «A nosa cinza» (1980), la atención a la historia colectiva y la modernidad artística de «Fábula» (1980) y la ampliación del territorio literario a la Galicia emigrante en Argentina en «Nos pagos de Huinca Loo» (1982) y «Latitude Austral» (1991). Hasta que las líneas fundamentales de la narrativa de Alcalá convergen en «Código morse», con la vuelta al autobiografismo de los comienzos, ahora conectado con la emigración gallega por Europa.

«Código morse» es una novela de intriga y de pazo. También es un relato del aprendizaje, de aventuras y de magia, con muertes que desvelar, enigmas que resolver y tesoros por descubrir. Su misterio principal está en el secreto de un cofre escondido en el pazo por el tatarabuelo del narrador y protagonista. Aquel antepasado pirata y negrero creó la leyenda del tesoro que fue pasando de generación en generación. Y el secreto del arte narrativo de Alcalá reside aquí en que el lector va descubriendo las cosas a la vez que el narrador. Por eso participa de sus dudas e in-

«Alcalá ha sabido componer un hermoso relato del aprendizaje en esta novela compleja, con una intriga de aventuras, leyendas y magia, con muertes que desvelar y tesoros por descubrir»

quietudes ante el hallazgo de una radio clandestina, avisos de meigas, sospechas, silencios y miradas cruzadas o conversaciones oídas a medias. Todo lo cual se vertebra en una intriga que tiene su motivo recurrente en un lagarto alado que sirve de llavero y que el narrador vio a un tío suyo.

El pazo del Rosario, en la costa de la ría ferrolana, constituye una imagen de Galicia vista desde dentro y desde fuera en los años 50 y 60, con abundantes referencias al pasado familiar del narrador. Por dentro se mueven campesinos y criados, gentes del campo y de la ciudad, funcionarios, militares y mari-

neros. Por fuera anduvieron marineros, piratas, espías y científicos. Este es el caso del narrador, niño inquieto en el pazo, estudiante de Física en Madrid y después Físico Nuclear en una empresa de Londres. He aquí uno de los mayores logros de «Código morse»: su síntesis de tradición y modernidad. En sus páginas se ve la Galicia real y milagrosa, con sus problemas de cada día mezclados con leyendas y asuntos de magia. A la vez que nos sumergimos en esta Galicia real y mágica visitamos con el narrador otros lugares del mundo: Madrid, Londres, Copenhague y California son algunos de sus destinos. Por ahí



entra una buena ración de modernidad y de cosmopolitismo, resaltados ya en el título de «Código morse». Y nada resulta gratuito. Pues en las citadas ciudades se encuentran representaciones de la Galicia emigrante. De manera que, aunque el narrador, por ser hombre de ciencia, trata primordialmente con personas movidas por intereses científicos, económicos e incluso políticos, el autor descubre en su recorrido abundantes muestras de la emigración gallega esparcida por el mundo.

En esta novela compleja, con una intriga de aventuras y tesoros, leyendas y magia, Alcalá ha sabido componer un hermoso relato del aprendizaje con fuerte presencia autorial. Esto justifica la autenticidad del texto en la subjetiva experiencia del narrador y en su gradual conocimiento de la vida en diferentes campos, al tiempo que va pasando de niño a joven, del Instituto a la Universidad, de Ferrol a Madrid y a Londres, hasta casarse, tener hijos y volver para su tierra. Y así el pazo del Rosario viene a añadirse a los ya célebres de Pardo Bazán («Los pazos de Ulloa»), Valle-Inclán («Comedias bárbaras»), Otero Pedrayo («Os camiños da vida»), Elena Quiroga («Viento del Norte») y Gonzalo Torrente Ballester («Los gozos y las sombras»). Y lo hace con personalidad propia, en «Código morse», como corresponde a los tiempos de comunicación y tecnología de nuestro fin de siglo.

El tiempo de las arañas

Miguel Sáez Carral

Alba Barcelona, 1997. 180 páginas, 1.700 pesetas

AUN con la dificultad que entraña tratar establecer corrientes dentro de la literatura que se está escribiendo en este momento, tal vez no sea demasiado arriesgado sostener que existe cierta escuela costumbrista entre los escritores más jóvenes, los que rondan los treinta años. Y tal vez no sea «costumbrista» la palabra que mejor defina a este tipo de literatura testimonial de cierto momento social, modo en que cierta juventud vive ese momento y del modo en que trata de combatirlo con actitudes harto heterodoxas las más veces. Sin voluntad de establecer una nómina de los escritores que han compartido en su obra ese testamento, creo inevitables los nombres de Darío F. Muga, Ray Loriga, José Ángel Mañas, Luis Etxebarria, Félix Romeo, Mariano Gistain o Cándida Bustelo. Todos ellos —y habría muchos más— tienen en común el retrato que en sus novelas hacen de una sociedad agresiva, que niega por sistema oportunidades a los jóvenes de una juventud que busca esas oportunidades siempre desde el escepticismo —cuando desde la marginalidad— y valiéndose de cualquier argucia. Los ambientes nocturnos, los escenarios urbanos, el protagonismo absoluto de la juventud y la aparición de la tragedia podrán ser comunes denominadores de estas obras.

Esta primera novela de Miguel Sáez (Madrid, 1968) se inserta, directamente, en la tradición que se perdona este término aplicado a algo que a nosotros nos sabemos hacia dónde evoluciona, ni cómo acabará— del supuesto costumbrismo al que llamamos referencia. En ella, Ernesto, un narrador diégético en primera persona, narra su aventura vital como integrante de un triángulo amoroso del que también son protagonistas Max y Laura. La novela arranca en el momento en que los tres deciden compartir piso y cama, llega a su clímax con la huida de Laura y termina, después de que la muchacha regrese, con un asesinato. Finalmente, Ernesto vuelve a quedarse solo —no dejado de estarlo durante todo el libro— y de replantearse su vida.

Ernesto es el eje de toda la trama: su postura —o la falta de ella— ante la existencia le lleva a una más absoluta pasividad. No hace nada de provecho: no estudia, no trabaja, finge escribir —scopia fragmentos, y rinde aquí Sáez un claro homenaje, de novelas de Henry Miller—, hace gala de una conducta agresiva que a menudo o viene peligrosa y trata de evadirse del mundo a través del alcohol. Laura, un personaje perfilado a partir de los mínimos elementos, no es demasiado distinta a él: ex prostituta, adicta al sexo, ex drogadicta, ex alcohólica, es —y ella sí, claramente— una víctima de la sociedad, el resultado de un entorno miserable. Max servirá de contrapunto, de mera comparsa, será el personaje que echa a andar la trama y también el que recolecta los frutos, pero para el lector no dejará de ser una presencia fantasma, apenas dibujada.

El estilo de Sáez, despojado y abundante en frases cortas, insufla verosimilitud a su historia entronca también con los autores a que nos referíamos. Es oral y cinematográfico, y no es extraño que conecte con ciertos lectores, a lo que también esta novela —como las demás— le hablará en su idioma de sus cosas.